

Labastida Martín del Campo, Julio (comp.). **Dictaduras y dictadores**. México, Siglo XXI, 1986, 239 pp.

Desde los propios inicios de su vida independiente, los Estados latinoamericanos han padecido el estigma de los regímenes dictatoriales. Bástenos tan sólo tomar un libro sobre historia regional para percatarnos de que dictaduras y dictadores se han sucedido unos a otros con relativa frecuencia; de ahí la innegable importancia del estudio y análisis de los mismos, como factor trascendente en la comprensión de nuestro desarrollo y situación regional e internacional. Por ello, esta compilación — una más de las que nos tiene acostumbrados el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM— resulta en extremo interesante. Esta vez la coordinación estuvo a cargo de Julio Labastida quien, junto con la institución que lo respalda, garantiza el grado óptimo en el nivel académico de los artículos que forman el texto.

La adecuación del concepto clásico de dictadura, de origen europeo, que no corresponde ya a la realidad contemporánea de Latinoamérica, resulta ser el imperativo categórico que mueve a Alain Rouquié en su artículo, primero del libro. La definición de dictadura como “el ejercicio sin límites del poder por parte de un hombre, en franco detrimento del orden constitucional”, no puede ser aceptada del todo, puesto que ha quedado demostrada la existencia de regímenes dictatoriales cu-

yos protagonistas son determinadas clases sociales, instituciones, partidos políticos o alianzas, quienes detentan el poder excluyendo drásticamente al resto de los actores políticos.

Rouquié encuentra que la relación entre un régimen dictatorial y su entorno legal está revestida de un carácter meramente subjetivo, tomando en cuenta la dificultad de objetivar rasgos concretos que identifiquen a una dictadura como tal, sobre todo si revisamos el ámbito de legalidad sobre el que está fundamentada.

Waldo Ansaldi muestra el caso del dictador argentino Juan Manuel de Rosas, que evidencia la correlación existente entre los rasgos personales y las características de la sociedad bonaerense. El dictador se presenta ante todo como un hombre de orden, quien pretende mantener el *statu quo* bajo un férreo control político-militar en favor de un sector social específico, lo cual explica de paso la extensión temporal que caracteriza a las dictaduras en nuestro continente. Sin embargo, dicho sector inicia por su cuenta el camino de la modernización, una vez que el Estado se integra a la economía internacional.

El dictador sustenta su régimen recurriendo a elementos ideológicos que den impulso a su proyecto político; cuestiones de prestigio nacional, para las cuales la historia resulta ser fuente inagotable; apelación a valores éticos y morales vinculados estrechamente con la religión católica, los cuales llevan en conjunto a identificar a todo tipo de adversario como hereje y diabólico. El caso extremo lo encontramos en Ecuador con Gabriel García Moreno y su “República del Corazón de Jesús”, que es estudiada por Enrique Ayala.

Se presenta entonces la gran contradicción característica de ciertas dictaduras, que en el campo económico-social tienden a la modernización — en particular de los procesos de producción — mientras en el orden político-ideológico se fincan en patrones conservadores y arcaicos. El antagonismo no parece resolverse sino hasta que el segundo elemento entra en descomposición.

El caso del doctor Francia en Paraguay es analizado por Sergio Guerra, quien parece reivindicar la imagen del dictador, cuyas motivaciones para buscar el aislamiento con resultados positivos obedecieron a causas geopolíticas; de ahí las características especiales del Estado paraguayo, regido por una “dictadura nacional revolucionaria” con apoyo popular.

Los ejemplos de Porfirio Díaz en México, (Luis González), Juan Vicente Gómez en Venezuela, (Carrera Damas), y Getulio Vargas en Brasil (Mónica Hirst), nos presentan a los dictadores como gobernantes que mantuvieron sobre todo una política orientada hacia el orden y la paz social, en demérito del orden constitucional y el respeto a los derechos humanos, así como a los reclamos del pueblo en general. Recordemos tan sólo Valle Nacional en México, con sus plantaciones de tabaco en las cuales los hombres encontraban la muerte; el terror impuesto por Gómez al pueblo venezolano y múltiples ejemplos que aún hoy encontramos.

Los dictadores son hombres que, surgidos de un grupo o clase social en pleno ascenso, logran destacar como figuras representativas ingresando de lleno a las más altas esferas de la política de su época. Tal parece que la forja de un dictador es una intrincada mezcla de circunstancias históricas y acciones personales motivadas primordialmente por la ambición desmedida por el poder.

Por último, Pablo González Casanova presenta un artículo, que a mi juicio resulta ser el más interesante, donde amalgama y resume lo expuesto en los textos precedentes, para conformar un análisis de un tinte académico muy relevante. En él nos descubre aquellas dictaduras de clase, de grupos, de instituciones y alianzas que consiguen perpetuarse en el poder sin recurrir necesariamente a la violencia — como en el caso más común de los llamados "cuartelazos" —, sino mediante procesos político-electorales que enmarcan a gobiernos "legítimamente" constituidos que adoptan formas republicanas liberales y democráticas. González Casanova divide el proceso evolutivo de las dictaduras en América Latina en cuatro etapas bien diferenciadas, desde el inicio de las guerras de independencia con caudillos populares y oligárquicos de tendencias antagónicas, pasando por

los periodos inicial y de consolidación del imperialismo que seduce gobernantes y grupos nacionales en favor de su interés, enclaustrados en las más severas tiranías, hasta la etapa más reciente del dictador profesionalizado, heredero de las doctrinas de seguridad nacional, avezado luchador en la contienda antisubversiva, y de cuya existencia saben bien los Estados situados al sur de nuestras fronteras. González Casanova plantea algunas expectativas para las fuerzas que aún ahora se oponen al yugo dictatorial, para concluir con la convicción de que el dictador está en crisis en América Latina, como lo está de igual manera toda la "cultura de opresión" que, creada por ellos, no puede seguir socavando la dignidad humana.

Es una convicción por todos compartida, sustentada en la esperanza de nuestros pueblos y su fuerza en favor del avance de la democracia.

El libro resulta bien balanceado, puesto que combina los ejemplos del pasado relacionándolos con la realidad actual y las perspectivas futuras; es, en conclusión, una obra elemental para la caracterización y tipología de los regímenes dictatoriales en nuestra región.

Guillermo Madrid Ortiz